

ba se encerró á meditar el plan de ataque, tratando de prever las posiciones del enemigo para escoger bien el palmo de terreno en que embestirle debía. Al meterse en la cama, con los pies fríos y la cabeza caliente, se dijo: «No hay que achicarse: la timidez será mi fracaso. Concretando mi honrada petición á dos mil duros, podrían creer que es para vicios. Para que vean que es un negocio serio, un asunto en que median los *grandes intereses* del espíritu humano, necesito correrme á tres mil.»

Durmióse á la madrugada, y si al principio soñó que don Manuel Flórez, al oír su demanda, le disparaba á quemarropa un cañón Hontoria, su sueño fué después optimista y placentero, porque se vió abrazado tiernamente por el dicho Flórez, mientras Catalina sacaba del vargueño una arqueta gótica, y de ella muchos fajos de billetes de Banco, de los cuales daba una parte á Nazarín y otra á él; y como Nazarín era tódo abnegación y menosprecio de los bienes terrestres, le regalaba su parte sin mirarla siquiera. El movimiento pudoroso del apóstol mendigo al coger el dinero, prevaleció en la mente de Urrea aun después de haber pasado de aquel sueño á otro bien distinto. Soñó que con parte de aquel numerario compraba una mina de hierro, que en poco tiempo le daba rendimientos fabulosos; con las ganancias de la mina com-

praba dos manzanas de casas, y mucho papel del Estado, y negociando por alto, llegaba á hacerse dueño de toda la red de ferrocarriles de España... aquí que no peco... y de Francia é Inglaterra... Y á todas éstas, Nazarín apartando de sí la resma de billetes con apostólica repugnancia.

Al romper el día, mientras cosas tan inauditas pasaban en el cerebro de un hombre dormido, don Manuel Flórez, que vivía en la misma calle, frente por frente al soñador Urrea, salía de su domicilio. Fué con vivo paso á decir su misa, entretuvo después un par de horas en ésta y la otra iglesia, y á eso de las diez se dejó caer en la casa de Feramor. Entrando sin anunciarse en el despacho del Marqués, que trabajaba con su administrador y apoderado, le dijo: «Querido Paco, quisiéramos que eso se ultimara pronto, si fuera posible, hoy.

—¿Pues no ha de ser posible? Hoy mismo, mi querido don Manolo. Mucha prisa tiene la rentadora por entrar en funciones.

—La miseria humana, hijo mio, es la que tiene prisa, el hambre humana, la sed y la desnudez humanas.

—Pues por mí no quede.»

Terció el administrador, asegurando que ya estaba avisado el notario para preparar la documentación, y que si terminaba aquel día, en el

siguiente quedaría hecha la entrega de la legítima de la señora Condesa, parte en fincas ó valores, parte en dinero contante.

—Perfectamente—dijo el buen sacerdote acariciándose una mano con otra.—Y ya que estás hoy de vena de amabilidad...

—¿Pero no se sienta, don Manuel?

—No; me voy en seguida. Digo que ya que te encuentro en vena de concesiones, me atrevo á hacerte presente un antojito de tu hermana, cosa insignificante; verás...

—Acabe usted pronto, que ya empiezo á sentir escalofrío.

—¿Por qué, hijo de mi alma?

—Porque podría ser que para redimir á la pobrecita humanidad, no le bastase su legítima, y en nombre del Dios Uno y Trino me pidiese también la mía... y podría suceder que usted se empeñase en que se la diera.

—Vamos, no bromees. Lo que te pide es que le adjudiques la torre de Zaportela, en Aragón. En esa casona destartalada pasó ella parte de su infancia con tu tía doña Rudesinda. Tiene recuerdos...; en fin, que para nada te sirve á ti ese nidial de lagartijas, y ella tiene el capricho de restaurarlo, y...

—Es que la casa de Zaportela y dos predios adyacentes se los tengo dados en usufructo á los Urreas, los tíos de este perdido de José Anto-

nio, pedigüeños insaciables como él, que practican la mendicidad por el terror. Si les echo de allí, son capaces de quemarme todas las casas que tengo en Aragón.

—Bueno, pues en vez de Zaportela, le darás el castillo de Pedralba en esta provincia, término de San Agustín; ya sabes... un caserón viejo, con una torre, y no sé qué ruinas de un monasterio cisterciense... Con que no hay que vacilar, hijo mío, y agrádeme que abra anchos horizontes á tu generosidad. Eres un ángel, y el perfecto tipo del caballero cristiano.

—Basta, basta. No necesita usted emplear la lisonja para desbalijarme. Eso se arreglará. Particípele usted á su discípula que no llore por el castillo. Pedralba será suyo.

—Se lo participarás tú, porque yo no subo hasta la tarde—dijo Flórez mirando su reloj.—Tengo mucha prisa. A las once he de ver al señor Vicario; y á las doce me esperan en Gracia y Justicia para ir á la Nunciatura... Bueno, señor, bueno.

—¿Qué más?

—Nada más. ¿Te parece poco?

—Creí que me iba usted á pedir el coche para todos esos viajes.

—No pensaba pedirtelo; pero lo tomo si me lo das. Está Madrid perdido de barros. Bueno, señor, bueno.»

Poco después salía gozoso y vivaracho el buen don Manolo, y en el portal, ¡zás! José Antonio de Urrea que entraba. Quedóse el joven como quien ve visiones, y no acertaba ni á saludar al respetable limosnero de la casa.

«¡Pepillo, dichosos los ojos!... ¡Ven acá, hijo mío, dame un abrazo!—le dijo el clérigo con efusión.—¿Pero qué tienes? Te has puesto pálido. ¿Estás enfermo?... Tiembas.

—No señor... La emoción... Cabalmente venía pensando en usted—replicó Urrea besándole la mano.—¿Cree usted que ver, después de tanto tiempo, á este amigo venerable, á este ángel tutelar de toda la familia, no es cosa que impresiona?

—Calla, calla, zalamero.

—Deme usted á besar otra vez esas manos.

—Basta, basta. Ya sé, ya sé que estás muy corregido. Sé que trabajas, que has sentado la cabeza. Ya era tiempo, hijo mío.

—¿Quién se lo ha dicho á usted?—preguntóle Urrea con cierta alarma, temiendo las ironías de su primo Feramor.

—Me lo han dicho... ¿Á ti qué te importa? Tus primas, las de Hinestrosa me lo han dicho, ea.

—Soy otro hombre. ¡Y qué bueno es ser bueno, don Manuel! ¡Qué hermosura es una conciencia tranquila, una pobreza honrada, y una con-

ducta normal, ordenada y perfectamente correcta! ¡Qué descanso la pureza de las intenciones, la sujeción de los deseos, la adaptación de nuestros goces á la medida de la realidad! ¡Qué consuelo tan grande vivir en armonía con todo el mundo, y sentirse querido, respetado!...

—Sí, hijo mío, sí.

—Verdad que mi vida es azarosa, pues no puedo prescindir de ciertos hábitos de decencia, y careciendo de bienes de fortuna, el pan de cada día, mi queridísimo don Manuel, representa para mí esfuerzos hercúleos.

—Dios bendecirá tu trabajo. Adelante por ese camino. Persiste en tus ideas; ten constancia, valor, confianza en ti mismo.

—Así lo haré. Descuide.

—¿Vas á ver á Consuelo?

—No, voy á visitar á Halma.»

Con esta brevedad familiar, *Halma*, nombraba comúnmente el parásito á su prima.

«Bien, bien. ¡Acompañar á los desgraciados, endulzar su tristeza con palabras de consuelo! La pobrecita te lo agradecerá mucho. Hazme el favor de decirle que no puedo ir hasta la tarde... ¡ah! y que eso, ya sabe lo que es, quedará ultimado mañana. Anda, anda, hijo mío. Y que el Señor te conserve en esa buena disposición. Adiós...»

Volvió á besarle la mano, y después de acom-

pañarle á entrar en el coche, subió el gran Urrea, más que gozoso, ebrio de entusiasmo y felicidad, porque las cosas se le deparaban mejor de lo que en los desenfrenos de su optimismo hubiera podido imaginar. Primer golpetazo de la suerte: encontrarse á don Manuel Flórez en aquel pie de increíble benevolencia, enterado ya de sus nuevas costumbres laboriosas. Segundo golpetazo: saber que hasta la tarde no iría el susodicho á la débil fortaleza, amenazada de un terrible asedio. Cierta que el enemigo podía presentarse á última hora con un socorro formidable, ideas y autoridad de refresco; pero también podía suceder que llegase tarde, y que, arrancada por el sitiador una promesa, la egregia dama no tuviera más remedio que cumplirla. El hombre se creció moral y hasta físicamente al subir la escalera, derecho al cuarto segundo. Se sentía impetuoso, audacísimo, invencible, y sobre todo grande, enorme. Creía tocar con su cabeza en el tramo alto de la escalera, y que las puertas no tenían bastante hueco para darle entrada. Sin duda la Providencia Divina se ponía de su parte. ¡Qué bien había hecho aquella mañana en rezar al Padre Eterno, á la Virgen y á San Antonio bendito, implorando su eficaz auxilio! ¡Qué diantre! ¿No era él un pobre, no era un triste, un mísero? ¿Pues qué hacía más que pedir una limosna, y propor-

cionar á las buenas almas el ejercicio de la más hermosa de las virtudes, la caridad?

«Fuera timideces, fuera mezquindades que podrían comprometer el éxito—se dijo al traspasar la puerta, soberbio y arrogante, como un campeón que anhela engrandecer los peligros para que sea mayor la gloria de vencerlos.—Allá van los hombres valientes. Le pido... pst... veinte mil pesetas.»

IV

Siempre que entraba don Manuel, después de larga ausencia de medio día ó día entero, en el cuarto de su noble amiga la Condesa de Halma, encontrábalas sumergida en una melancolía profunda y tenebrosa, como nadadora que bucea en una cisterna. Abierto sobre la falda el libro de la *Ciudad de Dios*, de San Agustín, ó alguna otra obra mística; apoyada la mejilla en la mano derecha, el codo del mismo lado sostenido en la mano izquierda y ésta en la rodilla derecha, que se elevaba por tener el pie sobre un taburete, parecía un Dante pensativo, revolviendo en su mente los círculos negros del Infierno, ó los luminosos del Paraíso. Viéndola en tales tristezas anegada, silenciosa y ceñuda, procuraba don Manuel alegrarle los ánimos con su grata conversación, y unas veces lo conseguía y otras no.

Pues aquella tarde ¿cuál no sería la sorpresa del simpático Flórez al encontrar á su ilustre amiga en un estado de inquietud placentera? No daba crédito á sus ojos viéndola en pie, corriendo de un lado á otro de la estancia, como si arreglara y pusiera en orden los libros y objetos de devoción que en varios estantillos tenía. Y lo más extraño era que en su rostro resplandecían la animación, la vida. Sus ojos, siempre apagados, brillaban con fulgor de fiebre; sus mejillas, siempre macilentas, habían tomado un rosado tinte, como si volviera de un paseo por el campo, harta de sol y de aire.

«¿Qué tiene usted, mi noble y santa amiga? —le preguntó el sacerdote. —¿Qué le pasa?»

—Nada, no me pasa nada. Estoy contenta. ¿Esto es pasar algo?

—Sí... Me alegro mucho de verla tan gozosa. No conviene dejar caer el espíritu en la tristeza. La virtud es por naturaleza alegre, y la conciencia pura se regocija en sí misma...

—Siéntese usted si gusta, y déjeme á mi en pie. Siento una inexplicable necesidad de andar, do moverme. De repente, la quietud ha empezado á serme molesta.

—La he recomendado á usted un ejercicio prudencial. La virtud no requiere precisamente la postración sedentaria, que hasta puede llegar á ser un vicio y llamarse pereza.

—Y ahora me preguntará usted el motivo ó razón de este contento que en mí observa.

—En efecto, señora mía, se lo pregunto á usted.

—Y yo le respondo que no lo sé; que no puedo explicar qué pasa esta tarde en mi alma. Veremos si llego á darme cuenta de ello. Y ahora, voy á interrogar yo. Dígame: ¿quién es Nazarín?»

Quedóse un rato suspenso el buen Flórez, y miró el rostro de la Condesa como quien quiere descifrar un oscuro acertijo.

«Pues Nazarín... —murmuró.

—¿Qué hombre es ese? ¿Le conoce usted?

—Sí, señora.

—¿De ahora, ó le conoce usted hace tiempo?

—Es un sacerdote, manchego, de mediana edad. Hace dos ó tres años, no recuerdo bien la fecha, tuve ocasión de tratarle en la sacristía de San Cayetano. Parecióme un hombre excelente, de costumbres purísimas, humilde, de no común inteligencia, parco de palabras... Después me le encontré alguna que otra vez en la calle; hablamos. El infeliz parecía disgustado; revelaba una pobreza honda, sin quejarse de ella. Creí que su cortedad de genio y su extremada delicadeza le tenían en tal estado, y le aconsejé que se sacudiera, procurando adquirir un poco de don de gentes. Después le he visto

incluido en un proceso escandaloso, y su nombre arrastrado por la vía pública. Francamente, me supo muy mal que un sacerdote viniese á tal situación, ya fuese por debilidad de carácter, ya por verdadera malicia. Supe que estaba en el hospital, convaleciente de un tifus agudísimo, y, ¿qué cree usted?... me fui á verle. Yo soy así: me gusta enterarme por mí mismo. Le vi, hablamos largamente, y...

—¿Opina usted como casi todo el mundo, que es un pobre loco?

—Esa es la opinión general.

—Pero la de usted, la de usted es la que yo quiero saber.

—La mía no tiene importancia. Expertos facultativos le han examinado, profesores de enfermedades mentales y nerviosas.

—Pero usted tiene bastante entendimiento para no necesitar de los juicios ajenos para formar el suyo. Dígame lo que piensa, en conciencia, de ese hombre. ¿Es un pillo?

—Creo que no.

—¿Firmemente que no?

—Sostengo con plena convicción que no es un malvado.

—Luego es un loco.

—No me atrevo á decir tanto.

—Luego, es un hombre de miras elevadas, un hombre que...

—Tampoco afirmo eso.

—Luego, usted no ha podido formar una opinión concreta.

—No señora, no he podido. Y, créame usted, ha sido para mí el tal Nazarín objeto de grandes confusiones.

—¿Cómo no me había hablado de eso, don Manuel?

—Porque no pensaba que tal asunto mereciera fijar la atención de la señora Condesa.

—¿Sabe usted que anda por ahí un libro que trata de Nazarín, en el cual se cuenta cómo salió á sus peregrinaciones, cómo encontró prosélitos, cómo realizó actos de verdadero heroísmo y de sublime caridad?

—He leído ese libro, que me regaló su autor, con una dedicatoria muy expresiva. Pero no me fío de lo que allí se cuenta, por ser obra más bien imaginativa que histórica. Los escritores del día, antes procuran deleitar con la fantasía que instruir con la verdad.

—¿Puedo yo leer ese libro?

—Seguramente. Pero sin olvidar que es novela.

—Entonces prefiero otra cosa.

—¿Qué?

—Ver al propio Nazarín. El sujeto vivo dará más luz que una historia cualquiera, aun suponiendo que no fuese fantástica, y tan sólo es-

crita para entretenimiento de los desocupados.

—¿Ver á Nazarín? ¿Dónde?

—En cualquier parte. En el hospital..., aquí.

—Eso me parece más grave. Con todo, no digo que no.

—Diga usted que sí, y acabaremos más pronto. Ahora, punto y aparte: hablemos de otra cosa.

—Pues á otra cosa—repitió Flórez, algo caviloso por el repentino salto de la tristeza al contento en el ánimo de la ilustre señora.—Ya sabe usted que mañana se hará la entrega de la legítima. Ya hemos salido de eso.

—¡Gracias á Dios! Mucho tengo que agradecer también á mi hermano—dijo Catalina sentándose algo fatigada, cual si sus excitados nervios entraran en sedación.—Si he de decirle á usted la verdad, veo con absoluta indiferencia la llegada de ese dinero á mis pobres manos.

—La persona que mira al cielo—dijo el cura entornando los ojos para ver mejor el rostro de su amiga,—se acostumbra mejor que otras á despreciar los bienes terrenales.

—Y respecto al empleo que debemos dar á ese capitalito, ya hablaremos despacio.

—Si no recuerdo mal, ya hemos hablado bastante. Convinimos en que usted fundaría, en pleno campo y lejos del bullicio, un instituto de caridad, con rentas propias...

—Y que antes, se reservaría una suma para repartirla entre los necesitados.

—Sí; pero eso es difícil, porque no tendríamos ni para empezar. La caridad debe hacerse con método, apoyándose en el criterio de la Iglesia, y favoreciendo los planes de la misma. No vale dar limosna sin ton ni son. Falta saber á quién se da, y cómo se da.

—¿Sabe usted, mi buen don Manuel, que no entiendo bien eso?

—Se lo expliqué á usted con toda latitud ayer mismo.

—Pues lo he olvidado. Pero no hay que repetirlo. Ya lo comprenderé cuando tenga la cabeza más serena.»

De repente, el buen clérigo se dió un golpe en la frente, como si quisiera matar un mosquito que le picaba, y exclamó: «¡Ah, ya caigo, ya, ya!

—¿Qué?

—Nada, que mientras hablábamos, me devanaba yo los sesos pensando quién habría estado aquí hoy de visita. Y ahora me ha venido súbitamente á la memoria.

—Mi primo Pepe Antonio de Urrea.

—Le encontré en el portal: él entraba, yo salía. Me han dicho que es hombre corregido.

—Así parece... ¡pobrecillo! Me ha conmovido contándome sus apuros para ganarse la vida con un rudo trabajo.

—Y seguramente le ha pedido á usted dinero para sus empresas.

—Sí...

—Y le ha hablado á usted de Nazarin.

—Exactamente.

—Pero no puedo encontrar la relación entre Nazarin y los conflictos pecuniarios del descendiente de los Urreas.

—Le he prometido estudiar su petición, y resolverla de acuerdo con usted.

—Lo menos le habrá pedido á usted dos ó tres mil reales.

—Algo más: cinco mil duros.

—¡Ave María purísima!... ¡San Antonio bendito!

—Crea usted que me reí, y desde que me habló de esto, empecé á sentirme alegre. Los apuros de un hombre por cosa que tan poco vale, como es el dinero, me causan alegría. Es como el rechazo de todo lo que yo he sufrido por el maldito dinero, en los días terribles en que me hacía tanta falta. Y ahora que en nada de mi propio interés puedo emplearlo, pues perdí el bien de mi vida, ahora que tengo bajo tierra los restos del que era mi único amor, y considero en el cielo su alma, me alegra el gemido de los que piden dinero con apremiante necesidad, y al ver que lo tengo, me alegro más. Experimento, créalo usted, como un secreto anhelo de

venganza..., sí, quiero vengarme de mi destino, que á tantas privaciones me sujetó, y tantas amarguras me hizo pasar... Y cuando se acerca á mí un desgraciado pidiéndome aquello que yo no pude tener cuando lo necesitaba, y que poseo ahora que no lo necesito...

—Se venga usted... negándose.

—No señor, dándose. Es una venganza en la cual confundo á mi destino y al mismo dinero, materia vil y despreciable, cuyo reparto no debe someterse á ninguna regla de orden y gobierno. Las leyes económicas de mi hermano me parecen una de las más infames invenciones del egoísmo humano.

—¿De modo que usted, señora mía, cree que para despreciar al dinero y castigarlo por su vileza, debe dársele al primer loquinario que lo pide sin que sepamos en qué lo ha de emplear?

—Creo que el empleo final de la moneda es siempre el mismo, dése á quien se diere. Caiga donde caiga, va á satisfacer necesidades. El manirroto, el disipado, el vicioso mismo, lo hacen pasar á otras manos, que lo aprovechan en lo que debe aprovecharse. Lance usted un puñado de billetes á la calle, ó entrégueselo al primer perdido que pase, al primer ladrón que lo solicite, y ese dinero, como van todas las aguas á los ríos, y los ríos al mar, irá á cumplir su objeto

en el mar inmenso de la miseria humana. Cerca ó lejos, aquí ó allá, con ese dinero arrojado por usted á la calle se vestirá alguien, alguien matará su hambre y su sed. El resultado final de toda donación de numerario es siempre el mismo.

—Señora mía—dijo don Manuel un poco aturcido.—No seamos paradójicos..., no seamos sofisticos. Si usted me permite que la contradiga, que le haga una demostración clara de su error en esa materia...»

El hombre no podía expresarse bien. Estaba sofocadísimo, sentía calor, y se abanicaba con su teja.

V

«Por más que usted diga—prosiguió la Condesa,—yo creo que la limosna consiste esencialmente en dar lo que se tiene al que no lo tiene, sea quien fuera, y empléelo en lo que lo empleare. Imagine usted las aplicaciones más abominables que se pueden dar al dinero, el juego, la bebida, el libertinaje. Siempre resultará que corriendo, corriendo, y después de satisfacer necesidades ilegítimas, va á satisfacer las legítimas. ¡Dar á los pobres, nada más que á los pobres! Sobre que no se sabe nunca quiénes son los verdaderos pobres, todo lo que se da va á

parar á ellos por un camino ó por otro. Lo que importa es la efusión del alma, la piedad, al desprendernos de una suma que tenemos y que otro nos pide.

—¿Y usted siente esa efusión del alma al dar á su primo el auxilio que solicita?

—Sí señor; la siento, porque veo tras su petición un mundo de necesidades abrumadoras, de martirios horribles, en que igualmente gimen el alma y el cuerpo. Veo la falta de alimento, la estrechez de la vivienda, la persecución de los acreedores, la vida angustiosa, llena de humillaciones y vergüenzas ocultas, la disparidad terrible entre los medios de existencia y el nombre retumbante que se lleva en el mundo. Yo creo que en mi primo son ciertos los propósitos de enmienda; pero demos de barato que no lo sean; admitamos que nos engaña, que es un perdido, un tronera lleno de vicios, entre los cuales descuella el de la postulación á diestro y siniestro. ¿Y qué hará usted para sacarle del infierno de esa vida? ¿Predicarle? Nada se conseguirá mientras no se le ponga en condiciones de variar de conducta, y por más que usted se devane los sesos, no hallará otra manera de redención que darle lo que no tiene, porque su mala vida no es más que el resultado fatal, inevitable, de la pobreza.

—¿Según eso, señora mía—dijo el sacerdote

con cierta severidad,—usted piensa darle á José Antonio los cinco mil duros que le pide?

—Sí señor, he resuelto dárselos, y así se lo he prometido. Mi palabra es oro. Pero...

—¿Pero qué?...

—¡Oh! aún falta lo mejor. Para que vea usted que no soy paradójica ni sofista, se los doy y no se los doy.

—¿Se los presta usted?

—Tampoco. Se los doy en una forma que usted ha de aprobar seguramente. Le adjudico la cantidad, quedando ésta en mis arcas, á disposición de sus administradores.

—Que son...

—Usted y yo. Nosotros nos encargamos de arreglarle una casa decente, de asegurarle la subsistencia durante el tiempo que se determinará, y, por añadidura, le pagamos sus deudas, le rompemos esas cadenas infames que le condenan en vida á un horrible infierno, le libramos de la vergüenza del sablazo, de la humillación de carecer de todo. Completaremos nuestra obra dándole medios de trabajar en esa empresa que dice trae entre manos, especulación que conviene estudiar detenidamente para ver si en efecto es tal que en ella puede formarse un hombre honrado. Vamos, ¿qué me dice de esta forma de practicar la caridad? ¿Cree usted que hay otra manera de traer al buen camino á

un hombre lleno de defectos, desquiciado, empedernido en mil hábitos perniciosos?

—Contesto, señora mía, que en principio aplaudo su pensamiento. Respecto á la práctica... no sé... Dígame usted: ¿José Antonio acepta el auxilio en la forma y condiciones que usted acaba de indicarme?

—El pobrecillo se echó á llorar. Bien conoció que sus lágrimas brotaban del corazón. «Eres la Providencia misma—me decía,—y realizas el sueño de mi vida; tú me salvas, tú me redimes, tú haces de mí otro hombre, y por ti, Halma, bien puedo decir que vuelvo á nacer.» Y diciendo esto me besaba las manos.

—Y yo también se las beso á usted ahora—dijo don Manuel, haciéndolo con verdadero enternecimiento.—Es usted una santa... á su manera, quiero decir que cada día saca usted una nueva forma de santidad. Debo decirle, en conciencia, que en estas cosas, la originalidad suele ser un poquitín peligrosa, pero hasta ahora vamos bien, y que siga el Señor inspirándole esas benditas iniciativas.

—Me complace que usted apruebe mi plan—dijo Catalina, excitada por el aplauso,—y que se compadezca de ese desgraciado primo mío, el cual, claramente lo veo, tiene más viciada la cabeza que el corazón. Cierto que es la informalidad andando, que no acaba cuando se pone á

enjaretar embustes, que por procurarse el pan de cada día, comete mil bajezas. Por eso mismo, por ser un enfermo del alma, le está perfectamente indicada la medicina de la caridad tutelar y educativa. ¿No estoy en lo cierto?

—Sí, señora mía—replicaba Flórez entornando los párpados y afirmando con la cabeza.

—La caridad se ha de ejercer en toda clase de enfermos y en toda clase de miserables, y este Urreíta es un pobre de solemnidad... *de tres capas*, un desgraciado, cuyas angustias parten los corazones. Él me lo decía, haciéndome reír y llorar al mismo tiempo: «Querida prima, el último de los pordioseros es un millonario comparado conmigo. Recoge zoquetes de pan y peladuras de patatas; pero se lo come en paz, y su espíritu vive con la serenidad y la alegría del pájaro, que al amanecer canta saludando al día... Hasta los ciegos que andan por ahí tocando la flauta ó el violín son menos desdichados que yo. Envidio á los vendedores de periódicos, á los mozos de cuerda, y á los poceros de la Villa. Todos comen su bazofia sin comerse al propio tiempo la vergüenza, que es amarga como la hiel.» ¡Pobrecillo de mi alma! No puedo menos de considerarle, señor don Manuel, como un niño mañoso á quien hay que educar. Le haremos todo el bien posible, sin escatimar los azotes. Porque eso sí, mucha caridad, pero mucho rigor.

—Eso, eso; y si conseguimos su enmienda, habremos hecho una obra meritoria y grande—dijo suspirando el sacerdote, que si al principio sintió su poquito de resquemor ante la hermosa iniciativa de su discípula, no tardó en apropiarse las ideas de ella, con la mira de vigorizarlas y recobrar de este modo su magisterio.

—Y nadie me quita de la cabeza—prosiguió Halma—que el corazón de Pepe es bueno, y que hay en él, aunque por muy escondido no se vea, materia abundante para obtener la verdadera virtud. De niño era un ángel. Somos de la misma edad, y juntos vivimos algún tiempo en Zaportela: su madre, mi tía Rudesinda, me quería locamente, y como yo era endebllilla y enfermucha, me llevaba consigo al campo para que me repusiera. Pepe Antonio y yo pasábamos largas temporadas hechos unos salvajes, corriendo por praderas y sembrados, declarando la guerra á los pobres grillos, y comiéndonos, no sólo la fruta madura, sino la verde. Pues mire usted: yo era mucho más traviesa que Pepe Antonio, yo solía tener malicias, inocentes, eso sí, pero malicias, y él no, él parecía un santito en agraz, y no es que fuera hipócrita, no; era la bondad misma, la pureza y la abnegación. Un día, delante de mí, se quitó la camisita para dársela á un niño pobre. Todo lo daba,